

# Papini\*

Julius Evola

Traducción de José Antonio Hernández García

ES UN PROPÓSITO DELIBERADO el que hayamos hecho aparecer estas notas sobre el caso Papini inmediatamente después su muerte. Tal acontecimiento ha suscitado numerosos artículos conmemorativos, como es lo habitual en ocasiones como éstas.

Después de esta reserva necesaria, no resultará inútil esclarecer las cosas en lo que concierne al caso Papini siguiendo un punto de vista distinto al de la literatura y al de los críticos literarios. La importancia de Papini escritor es viva y destacada, y aquí no es objeto de juicio. Lo que Papini ha representado en el conjunto de la vida intelectual italiana —sobre todo en relación con la crisis espiritual de toda una generación— constituye un problema diferente con el que, mal que bien, están de acuerdo todos los que han escrito sobre él. Papini es valioso para nuestra burguesía “bienpensante”, conformista, y sobre todo para quienes siguen una orientación demócrata-cristiana. No lo puede ser para quienes han experimentado profundamente la crisis del pensamiento y de la sociedad modernas.

Hay que recordar que nosotros mismos seguimos la obra de Papini desde sus inicios. Durante nuestra adolescencia hubo un momento en el que hicimos de Papini un verdadero símbolo. Fue la época del *Sturm und Drang*, la única en la que Italia conoció la irrupción de las fuerzas que no soportaron más la atmósfera de la pequeña Italia burguesa de principios del siglo xx. Es cuando aparecen las revistas *Leonardo* y *Lacerba*. No dudamos en invertir el juicio común: para nosotros, Papini solamente tuvo una importancia verdadera en esa época. Es gracias a él y a su grupo que en Italia se conocieron las corrientes extranjeras más interesantes del pensamiento y del arte de vanguardia, con efectos que ayudaron a renovar y ampliar nuestros horizontes. No pensamos sólo en las revistas mencionadas, sino también en iniciativas como la

colección Cultura del Alma, dirigida por Papini, que permitió que los jóvenes de la época conocieran una serie de escritos antiguos y modernos de valor fundamental.

En ese momento lo que nos interesaba más aún era el Papini paradójico, polemista, el espíritu iconoclasta, anti-conformista, revolucionario: pensábamos que detrás de esa brillante y escandalosa fachada nos deparaba algo más serio. Apoyábamos con entusiasmo su ataque contra la cultura oficial académica, contra el servilismo intelectual, contra las reputaciones construidas, contra los valores de la sociedad y de la moral burguesas; pero su estilo a veces neorrealista *avant la lettre* y sus poses de tunante florentino en el terreno intelectual acabaron por cansarnos.

Y aquí, al reconocer el mérito de Papini por el “hecho de haber denunciado el mal de Croce”, se impone una observación: si Papini ataca y demuele a Croce no hace lo mismo con Gentile, por la sencilla razón de que en esa época Gentile era inexistente culturalmente, era un simple discípulo de Croce. Frente a Gentile la actitud de Papini hubiera sido idéntica y habría duplicado la dosis si en la época en que Gentile era el dueño de la escena Papini hubiese sido el mismo.

Es con el intervencionismo y con la aproximación —en parte explicable por esta razón— entre Papini y los futuristas cuando las cosas se comienzan a volver problemáticas. Aunque entonces éramos muy jóvenes, no comprendimos cómo podíamos tomar en serio los más añosos lugares comunes “latinos” y antigermánicos con la finalidad de que Italia entrara a la guerra. Una guerra que, según nosotros, debería más bien habernos conducido a permanecer fieles a la Triple Alianza o, por lo más, a afirmar frente a Alemania una parigual voluntad imperial, pero no sobre la base de un irredentismo banal y sentimental. Para quienes entonces estábamos en el frente, las

palabras de Marinetti que nos sugerían que estábamos “más alejados de él que un esquimal” no nos sorprendieron. Para nosotros resultaba incomprensible que Papini –intelectual anticonformista– acabara por adoptar esta línea patrioter. Hoy día, naturalmente, en sentido general –entre algunos medios nacionalistas pero privados de ciertos principios– las cosas se presentaron de otra manera y se pueden traducir en un reconocimiento al patriotismo de Papini.

En el plano cultural, la primera y seria ducha de agua fría que vino a congelar nuestro entusiasmo la constituyó la autobiografía *Un hombre acabado*. No es el balance de un fracaso espiritual, sino algo peor: dicho fracaso fue utilizado y comercializado en un plan exhibicionista para proporcionar la materia de un libro brillante. Es cierto que la orientación inicial de Papini sólo podía conducir al “punto cero de todos los valores”. Era la experiencia que habían vivido Nietzsche y Stirner, aquella que con cierto existencialismo iba a tener la “generación en llamas”, con el primer Jünger como representante. Comprendimos al “hombre acabado”; pero un hombre “acabado” por su bien debe dejar de escribir y de abandonarse al intelectualismo; y hacer lo que hizo Rimbaud: cortar los puentes, cambiar esencialmente de plan. Y, eventualmente, suicidarse.

La confirmación definitiva no se hizo esperar. Fue la “conversión” de Papini al catolicismo. Entendámonos bien: si un socialista anticlerical o un ateo se pasa al catolicismo no podemos más que felicitarlo, y es claro que el sacerdote más humilde, ordenado regularmente, es infinitamente superior a cualquier universitario y a cualquier intelectualoide. Pero ése no era el caso de Papini. Sus experiencias culturales no se relacionaban sólo con el ámbito de la cultura profana. Al haber formado parte del cenáculo florentino de la Biblioteca Filosófica, Papini no ignoraba las corrientes de la alta mística e, incluso, de la iniciación. Fue siguiendo las sugerencias que le había hecho un especialista florentino en estudios esotéricos, Arturo Reghini –hombre de una envergadura poco común–, cuando intentó, alejado en un retiro, vivir experiencias trascendentes (las cuales son presentadas en *Un hombre acabado* como un intento frívolo para “volverse un dios”). Si partió de tales precedentes para acabar en el catolicismo, eso significa que nada serio se produjo después de todas sus experiencias pasadas.

Nuestra impresión más inmediata fue en efecto que Papini al no saber cómo escandalizar, y siguiendo el consejo de Chesterton, había escogido el expediente más apropiado para colocarse paradójicamente en el campo de la normalidad conformista. Fue más tarde cuando leímos, en un hospital,

la *Historia de Cristo*. Y nos quedamos alarmados porque un libro de este tipo hubiera podido ser un éxito, y de que la Iglesia lo haya podido recomendar y valerse de él como lo hizo. Este libro nos parece la prueba más evidente de que ninguna crisis espiritual verdadera y profunda había sido la base de la “conversión” de Papini. A lo más, podemos decir que lo que hay aquí es una renuncia interior, una necesidad de reencontrar la paz y de hacerse la vida más fácil extrayendo de un cuerpo fijo de creencias las certezas que Papini no había podido encontrar después de su periodo iconoclasta. No hay en esta obra nada de transfigurante ni de transfigurado, en donde se perciba el menor cambio en el orden de la sustancia humana; no se toma ni se proporciona nada respecto de la dimensión más profunda del catolicismo y de sus mitos. Se trata de una apologética banal fundada en los datos más externos, catequéticos y sentimentales del cristianismo. Que alguien como Del Massa haya podido asociar a Papini “a los orígenes de un camino que podría ser definido como la vía italiana de la tradición” es algo que nos deja estupefactos, pues entendemos que aquí se trata de una cuestión de la tradición en sentido superior y no de un tradicionalismo anticuado.

Es después de este periodo –el de su “conversión”– cuando Papini conoció una consagración creciente y se volvió célebre. Pero para nosotros fue después de ese momento cuando verdaderamente encarnó al “hombre acabado”, cuando dejó de tener importancia sobre lo que eran los problemas más apremiantes que se imponían a quienes –espiritualmente hablando– se encontraban en la brecha. Papini no es el símbolo de una conquista; es el símbolo de una abdicación. Lo que queda es el escritor brillante, interesante, alguien que hasta en sus instantes finales sintió la necesidad de dictar artículos y aforismos. No hay nada de malo en rendirle a Papini el homenaje que merece, así como tampoco dejaremos de rendir homenaje (la política aparte) a quienes murieron, a Malaparte, Baldini, Soficci, Moravia y a tantos otros representantes que estamos tentados a denominar la “estupidez inteligente de estilo elegante” de la Italia contemporánea. Por lo demás, es bueno no mezclar las cartas. Nos limitamos a lo que es humanamente justo para quien ha llegado al término de su itinerario terrenal. •

\*Tomado de Julius Evola, *Riconizioni, uomini e problemi*, Roma, Mediterranee, 1974.

JULIUS EVOLA (Roma, 1898-1974) se adhirió al dadaísmo, corriente en la que escribió poesía y realizó pintura. Luego se dedicó al estudio de la filosofía. Hacia su madurez se interesó en esoterismo y ocultismo. Siendo italiano, escribió gran parte de su obra en francés.